

La picadura

Sergio Gabriel Carbia¹, Roberto Glorio²

¹ Docente adscripto en Dermatología (UBA)

² Profesor adjunto de Dermatología (UBA)

Contacto del autor: Sergio Gabriel Carbia

E-mail: sergiocarbia67@gmail.com

Fecha de trabajo recibido: 21/01/2016

Fecha de trabajo aceptado: 29/02/2016

Dermatol. Argent. 2016,22(3):167-168

En un primer instante pensé que habría sido una púa de espino que se me habría prendido de la chaqueta o el pantalón. Pero en seguida, oí aquel siseo frío, viscoso, inconfundible que se arrastraba por el suelo entre mis pies.

Aterrado, abandoné el portal y salí al medio del camino. La picadura me abrasaba la palma de la mano y un negro escalofrío me recorría el corazón como una quemadura. Pero sabía que no tenía ni un segundo que perder. Me quité el cinto y, con ayuda de los dientes, lo até con fuerza a la muñeca para tratar de detener el avance de la sangre por el brazo. Luego, con la navaja, abrí un profundo corte sobre la picadura y, conteniendo el dolor y el nerviosismo, chupé el veneno de la herida y lo escupí con rabia sobre la tierra seca y cuarteada del camino. Han pasado ya ocho años desde entonces pero, aunque pasaran treinta más, jamás podría olvidar aquel tacto viscoso, aquel sabor podrido, dulzón, inconfundible del veneno fluyendo en la herida.

Cuando entré a casa, lo primero que hice fue encender la chimenea y poner agua a calentar en una pota. Mientras hervía, salí a la calle por ortigas. Su jugo, mezclado con aceite, lo apliqué sobre la herida y, luego, la cubrí con un trozo de sábana empapada en alcohol y barro crudo. Era el remedio con el que -recordaba- Bescós habría tratado de salvar al perro del tío Justo. Al perro, la víbora le había picado en la cabeza y, al final, nada se pudo hacer para salvar su vida. Pero, ahora, yo no tenía otra elección. Estaba solo en medio de estos montes y con el médico más próximo a casi cuatro horas de camino.

Durante varios días, entre estas mismas sábanas, luché contra la muerte completamente solo, desesperadamente solo, sin nadie a quien llamar para pedir ayuda. Yo estaba -como ahora- a punto de morir en esta cama y, sin embargo, lo único que entonces me preocupaba de verdad era saber que, si moría, también la perra moriría, atrapada sin remedio dentro de la casa.



Julio Llamazares (España, 1955)

El Lic. en Derecho prontamente abandonó esta profesión para dedicarse a la de escritor de novelas y periodista en diarios, radio y televisión. Nació en el pueblo de Vegamián, desaparecido tras la construcción de un embalse, y pasó su infancia en la localidad carbonífera Olleros de Sabero. Ambos lugares tuvieron una gran influencia en la obra del autor, defensor de las tradiciones y la ecología.

Su enorme versatilidad literaria, que inició con el libro de poemas *La lentitud de los bueyes* (1979), le permitió escribir relatos, antologías, crónicas de viajes y guiones cinematográficos. Sus novelas, de gran profundidad psicológica y hondo lenguaje poético, son: *Luna de lobos* (1983), *La lluvia amarilla* (1988), *Escenas de cine mudo* (1994), *El cielo de Madrid* (2005) y *Las lágrimas de San Lorenzo* (2013).

La lluvia amarilla es un largo monólogo del último habitante de un pueblo del Pirineo. En sus últimos días, el personaje repasa su dura vida tras la muerte de sus padres, esposa e hija, y el éxodo paulatino de todos los habitantes del lugar.

En una entrevista periodística le preguntaron sobre el fenómeno literario que fue “*La lluvia amarilla*”, al nivel que la gente viajaba al pueblo de Ainielle y bautizaba a sus hijas con este nombre, a lo que el autor contestó: “Toqué una fibra que estaba lejos de saber que tocaba. Es el monólogo de 200 páginas, o las que tenga, de un hombre que se muere. No parece lo más comercial. Algunos la tomaron por algo que no es: la Biblia de la desaparición de un mundo. A veces más que halagarme me sobrecoge saber que hay gente que va andando al lugar, que duerme allí, he recibido cartas de lectores a los que se les apareció el personaje... Si lo llego a saber la hubiera situado en un

pueblo más cerca de la carretera para que no tuvieran que subir 12 kilómetros. La gente ve en los libros cosas que uno no ha puesto”.

Ha dicho: “Estar en contra de la memoria es como estar en contra de pensar o soñar. Te pueden obligar a todo, menos a no recordar o a recordar. La vida se resume en una lucha entre memoria y olvido, y el trabajo de los escritores es recuperar todo lo que puedas del peso del olvido”.

BIBLIOGRAFÍA

Llamazares J. *La lluvia amarilla*. 6ª Ed. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1988, 64-65.

FE DE ERRATAS:

Debido a una omisión por parte de los autores en los agradecimientos del trabajo original: “Tratamiento de verrugas múltiples con interferón alfa 2b subcutáneo. Estudio prospectivo en 23 pacientes”, publicado en *Dermatol. Argent* 2016; 1: 27-32, se agrega el siguiente texto: “Al Jefe de Residentes Dr. Diego Fernando Navajas agradecemos su valiosa colaboración en la confección del protocolo del trabajo de investigación”.